

este grave asunto, que es tal, que si se trasluciese, acontecerian grandes desgracias, que todos tenemos el deber de evitar. Continúa, pues, y que continúen tus dos sirvientes, siendo en la apariencia religiosas, y evitando todo lo que pudiera causar escándalo visto en una monja, y causar agravio á la buena reputacion del convento.»

—Una inmensa alegría iluminaba el semblante de doña Ana; sin acabar de leer la carta del Papa, desdobló los otros tres pliegos y los examinó.

Estaban escritos en latin y eran tres Breves que anulaban los votos de doña Ana de Austria y de las otras dos jóvenes.

V.

Doña Ana se levantó, guardó en un secreter aquellos papeles, volvió á sentarse en el camapé, y dijo á Gabriel de Espinosa y á fray Miguel con el semblante resplandeciente de alegría:

—Sentáos vos, señor, y vos tambien, padre, y perdonad si no os lo he dicho antes. La carta y los Breves de nuestro Santísimo Padre Clemente VIII me han causado tal turbacion y tal alegría, que el gozo de verme libre de unos votos que habia pronunciado contra mi voluntad, no me dejaba pensar en otra cosa.

Gabriel de Espinosa y fray Miguel se sentaron, y el primero dijo á doña Ana que le miraba con ánsia de escucharle, las siguientes palabras, ó por mejor decir, el siguiente discurso:

—Por dichoso debo tenerme y me tengo, señora, puesto que mis ojos ven ya la celestial hermosura de que el cielo con pródiga mano os ha dotado, y que tanto anhelaba ver y admirar. A buena fortuna tengo desde este momento mis negras desdichas y mis largos y penosos trabajos, que sin ellos no llegara yo al venturoso punto en que estoy, y no os hablara y os viera. Creed, señora, que si para mí tienen gran precio la corona y la honra que he perdido, le tiene más la esperanza de que vos me ansieis y seáis mía, y tengan en vos felice y próspero fin mis desventuras. Por vos anhelo, y por vos ansío; y más quiero la corona por ceñirla á vuestra hermosa frente, que por volverla á poner sobre la vieja y ya cansada cabeza mía; que tanto estoy ya acostumbrado á los contratiempos, á las fatigas y á las desventuras, que bien podría pasar sin ser dichoso, á no ser vos mi única dicha, y acabar oscuro y desventurado y tenido por muerto como he vivido desde mi juventud hasta ahora.

A lo cual respondió doña Ana con la vista baja y las mejillas teñidas de rubor:

—No sois vos, señor, el que ganais con que yo os ame, sino yo la que gano tanto con ser amada por vos, que me parece sueño y fantasía el que hayais puesto en mí los ojos para llevarme á vos, poniéndome sobre vuestro corazón, eligiéndome vuestra esposa. Desde el momento en que ví vuestro retrato, que ha más de un año, vivo turbada y combatida, porque mis votos me prohibían amaros, y mi corazón rebelde os amaba, y mi pensamiento no podía echar de sí vuestra imagen ni olvi-

daros un solo punto. Y era la verdad, señor, que cuanto más mi obligación me aconsejaba no amaros, más os amaba mi alma, y más fija estaba en vos mi memoria, y más me pesaba, sin poderlo yo remediar, el voto que me separaba de vos y que hacia que mi amor á vos fuese un gran pecado. Pero hoy, el vicario de Jesucristo ha tenido la dignación de soltarme de mis votos, y yo no puedo deciros más, señor, sino que soy tan dichosa, que la alegría me trae las lágrimas á los ojos, y no sé si estoy soñando ó despierta.

—De opinion soy, dijo fray Miguel de los Santos, que el casamiento, aunque secreto, debe hacerse cuanto antes, para lo cual traigo autoridad del Papa; que mejor os entenderéis, señores, siendo el uno del otro, y libertad y espacio tiene la señora doña Ana, como persona real que es en el convento, para que os podáis ver y comunicar, y hablar de vuestros asuntos, no ya como personas que han de juntarse en uno, sino como esposos unidos ya, y que tienen la obligación de morir el uno por el otro.

—Muy de prisa andais, fray Miguel, dijo poniéndose más encendida que la púrpura doña Ana de Austria y no quiero yo que tan de prisa vayamos; no por mí, que soy toda con el alma y con la vida, humilde y venturosa esclava del rey mi señor, y que lo que más anhelo, es que me tenga por suya y tenerle yo por mio, sino porque quiero que su majestad me trate y me conozca, y vea con quien se casa, y cuando yo le haya llevado en dote, no riquezas, que no las tuvo ni pudo dejármelas el desventurado padre mio, sino sacrificios y

empeños acometidos y vencidos sin miedo en servicio suyo. Y fuera de esto, porque le amo tanto y no quiero que mi amor tenga sombras ni recelos, deseo que la boda no se haga hasta que el señor don Sebastian esté puesto en su trono y triunfante de sus enemigos; que si entonces me toma por esposa, segura podré estar de su amor, y no como si ahora me hiciese suya, que por exceso y firmeza de amor, podría creer alguna vez, que si se me había dado por esposo, había sido por asegurar lo poco que yo puedo servirle para su grande intento, y no quiero dar lugar ni aún al asomo de esta negra sospecha, que me mataría.

—Ofenderíame yo, señora, dijo Gabriel de Espinosa con toda el alma en los ojos, si no fuera porque soy tan vuestro esclavo, que palabra que salga de vuestros labios no puede ofenderme, por las palabras que acabáis de decirme. ¿Pues cómo pensar que yo con vos me casára solo por que vos me ayudárais, y no por el amor que os tengo y que me abraza las entrañas? Villano fuera si con tal fingimiento os tratara, y el rey don Sebastian bien ha podido ser temerario y desdichado, pero nunca ha podido dejar de ser leal y caballero. Si su razon no fuera vuestro, no le pondria en vuestras manos; y si no estuviera para con vos tan sin voluntad, como que vuestra voluntad es la suya, ni os hubiera hablado de amores, ni acaso hubiera venido á veros: ¿ni cómo haberos visto, haber recreado los ojos en vuestra belleza, haber ardido en esperanzas, y no contar como eternidades los momentos que tarde en gozar el cielo de teneros mia? ¿Ni cómo, por distinto modo, saber que sois

hija del nobilísimo, famoso y mal aventurado don Juan de Austria, sin tener á vanagloria el llamaros esposa? Porque sois tanto, señora, ya se recuerde de donde venís, ya se mire solo á lo que valeis como hermosa y como discreta, que no puede menos de tenerse por bienaventurado sobre la tierra, aquel que por vuestro amor hayais hecho vuestro dueño.

—Sea lo que vos queráis, señor don Sebastian, dijo doña Ana, toda confusion y ternera; que no sé lo que vuestras palabras tienen para mí, que si yo dijera que puedo hacer otra cosa que obedecerlas á todo mi placer, mentira; y ni aún mentir pudiera, porque despues de haberos escuchado, no me queda voluntad sino para obedeceros.

—Hágase, pues, la boda, dijo fray Miguel de los Santos, que era un tanto nervioso y dado á que se hiciese gran caso de sus palabras; que en que se haga ahora ó se haga despues, se aventura tanto, que es una gran locura el aventurarlo.

—Si mi amor, si mi alma, si todo mi deseo y toda mi voluntad me están dando á un tiempo guerra para que esta boda se haga tan pronto, como que trayendo vos las facultades que traeis del Papa, bastaria con que la señora doña Ana y yo nos diésemos las manos, nos jurásemos eterna fé, y vos nos bendijérais; el caso árduo en que me encuentro, me obliga á dilatar esta boda, á trueque de no caer en la nota de poco leal y de poco caballero.

—¿Pues por qué habíais de ser mal caballero y desleal? dijo doña Ana mirando por aquella vez frente á

frente y de una manera altiva á Gabriel de Espinosa; ¿por qué, señor, habías de cometer una falta, casándoos en este mismo punto conmigo? Libre soy yo, y libre os creo; porque aunque sé de vos algo que me punza en el alma, no puedo menos de considerar que vos habeis vivido mucho antes de conocerme, y que nada tiene de milagroso el que vengan trás vos historias é inconvenientes.

—A merced tendria, señora doña Ana, dijo Gabriel de Espinosa poniéndose levemente pálido, me declararéis el enigma que hallo en vuestras palabras.

—Sabido es, dijo doña Ana con el acento de la mayor franqueza, que en los lugares cortos en que la gente no tiene otro divertimento que avizarar para murmurar cuanto en el pueblo sucede, no puede haber nada oculto ni secreto; esta madrugada, cuando aún era de noche, habeis entrado, señor, en Madrigal, y ya mis criados han oido murmurar á los del pueblo que con vos ha venido una hermosa ama de cria, que más tiene semblante de ama principal que de labriega, con una niña hermosísima que aún no cuenta dos años. ¿Será esta la causa de que vos no podais tomarme por esposa en este mismo punto? Y os digo que estas palabras hay que tomarlas, no por empeño ni por facilidad en mí, sino como pregunta justa y necesaria; porque bien creo, que cuando yo me allano, no hay por qué nadie, por alto que fuere, no pueda tener á honra el allanarse conmigo.

—El parabien me doy, señora, de lo que acabais de decirme, respondió Gabriel de Espinosa, que sin demudarse y con grande cortesanía y afecto, había escuchado

las altivas palabras de doña Ana; por dichoso me tengo de haberos oido hablar así, porque si yo hubiera podido dudar de la seguridad que me habeis dado de vuestro amor, el veros celosa y ofendida de mí, y tan altiva como conviene á quien vale por tantas razones lo que valeis, me habria dejado completamente satisfecho del grande amor que me teneis; porque no hay amor sin celos, ni celos que no se engañen; porque cuando no se engañan, no son celos, sino evidencias; ni una persona tal como vos puede tener celos sin que sean altivos y acometan valientes; Dios quiere sin duda que yo me maraville más y más de vos á cada momento, y á cada momento os ame más, y más os estime, y más os desee. Pero como esos celos que tanta ventura me dan, han nombrado personas que viven y que están á mi lado, y una de las cuales es tan cosa mia, como que es mi hija, voy á deciros ahora lo que pensaba deciros despues, y sin que vos me lo hubiéseis preguntado, y aunque no hubiéseis sabido que conmigo habian llegado á Madrigal una ama de cria y una niña de pecho. Y claro está y evidente es que yo no he tratado de ocultarlo, porque si ocultarlo hubiera querido, no hubieran venido á Madrigal ni la niña ni el ama, ni me hubiera faltado maneras para evitar que en todos los dias de vuestra vida hubiérais vos sabido que yo tenia una hija. Ficción y engaño, nunca en mí cupieron; y si yo no os amara, no os lo diria; ni aún cuando con el dogal á la garganta pudiera yo libramme de la muerte y de la infamia con fingirme de vos enamorado, fingiríalo; que quien en Africa se metió entre las contrapuestas lanzas de los feroces moros, pre-

firiendo morir como caballero á sobrevivir al desastre de los suyos por miedo á la vergüenza, por nada del mundo mentiría en su edad madura, cuando tan caballero supo ser cuando todavía era un mozo imberbe.

—Si altiva soy, no los sois vos menos, señor, dijo doña Ana, y pésame de lo que he dicho, porque veo que mis palabras os han dado enojo, y por ello os ruego que las olvidéis y las tengais, no solo por no dichas, sino que ni aún siquiera por pensadas. Yo os creo, señor, y yo os amo; y os amo tanto, que por ser esa niña vuestra hija, por mía la tengo ya, y como si fuera mía la amo, y os pido que la enviéis por acá para que yo la vea.

—Ya se han cumplido diez y siete años desde el funesto día en que por mi codicia de fama y por mi temerario arrojo llevé á morir sobre el sangriento campo de Alcázar-Kivir á lo más grande, á lo más heróico de la nobleza portuguesa. Diez y siete años, señora doña Ana, han pasado desde aquel sangriento y negro día, y aún no he podido borrar el horroroso desastre ni una sola vez; desde entonces se han cerrado mis ojos al sueño, sin que la pavorosa vision deje de entristecerme el alma, sin que haya visto mi estandarte real derribado sobre los cadáveres sangrientos de mis nobles muertos, sin que el alarido de los moros haya cesado de resonar en mi oido. Batallaba yo desesperado, habia perdido tres caballos, y habia visto morir á tres valientes que habian descabalgado para que cabalgase su rey; habia roto un centenar de lanzas, mi espada habia saltado en pedazos en fuerza de caer sobre los arneses enemigos, me cercaban como los buitres cercan á la presa, y

herian sobre mí como el herrero sobre el yunque.

—Tal lo pintais, señor, dijo doña Ana estremeciéndose, que da pavor el escucharos.

—Por algun tiempo, sin más armas que la desesperacion y el coraje, revolví mi caballo sobre el tumulto de los infieles, hasta que mis armas despedazadas ofrecieron lugar en qué herirme á los hierros enemigos: caí, y las tinieblas de la muerte me rodearon.

Guardó silencio Gabriel de Espinosa é inclinó la cabeza sobre el pecho, como agoviado por la pesadumbre de aquel tristísimo recuerdo.

—Un día abrí los ojos, y mis ojos vieron los ojos de una mujer que dejaban caer sobre mi semblante lágrimas de dolor. Aquella mujer, y perdonadme si ahora no os cuento toda la historia de mis amores con ella, es la madre de mi hija Gabriela.

—¡Ella os volvió á la vida, ella gozó la ventura de velar junto á vuestro lecho, de veros al fin abrir los ojos cuando lloraba desesperada! dijo dolorida doña Ana y pálida como una muerta; ¡cuánto habeis amado á esa mujer! ¡Cuánto ha debido trocarse esa mujer, para que vos no la améis ya! Porque vos, sin duda, no la amais, señor; porque si la amáseis no me amaríais á mí, y vos me amais, pues que me lo decís, y yo no puedo, no quiero, no debo dudar de lo que vos afirmáis.

—Yo nunca he amado á esa mujer, dijo estremeciéndose dentro de sí mismo Gabriel de Espinosa, aunque doña Ana no pudo notar su estremecimiento.

—¡Nunca! ¿Y os recogió casi cadáver del campo de batalla, y veló junto á vos, y lloró por vos, y á la vida